

Director. Salvador Ruoda.

NOTA ARTÍSTICA



DE LA «TIERRA BAJA».—DIBUJO DE R. LATORRE



EL apreciable diario *El Globo*, político ilustrado.

Fin de un artículo de fondo y miga, digámoslo así:

«Como hace el capitán de una nave, seguir la ruta que ha de conducirlo al puerto;»

¿A quién?

«Los escollos que ha de evitar, lo mismo en bonancible que en tempestuoso mar,

tienen siempre bajo sus entendidas órdenes obedientes al contraamaestre, al piloto y al timonel, lo mismo que al resto de la tripulación.»

¿Bajo sus órdenes obedientes?

¿Obedientes al contraamaestre, al piloto y al timonel?

Y ¿qué pinta en ese caso el capitán de una nave?

«De no ser así, podrá decirse con el poeta:

«Allá va la nave;
¿quién sabe do va?
Ay, triste el que flía
del viento y la mar.»

No se puede fiar ni en la sintaxis siquiera.

Está todo perdido.

De lo que no andamos mal del todo es en historia.

Estamos en lo firme.

El País publicó el día 9 del corriente un artículo de fondo ó de su fondo, dedicado á conmemorar la sublevación del regimiento de Numancia en Santo Domingo de la Calzada.

Y exclama el hombre, condenando los fusilamientos:

«El teniente Cebrián fué vilmente asesinado por la espalda, y sus bravos compañeros los sargentos D. Fernando Gómez, D. José Guerrero. D. Gregorio Cano y D. Félix Alonso Llorente, inicualemente fusilados por mandato del Sr. Cárnovas.»

Después dice que, como lady Macbeth, debe tener D. Antonio las manos manchadas de sangre, etc.

Todo eso está muy bien escrito, sí, señor.

Pero ocurre lo que con las islas de Escocia, de Irlanda y de Inglaterra, supongamos.

Que Irlanda es isla, pero Escocia no lo es todavía, sino que está unida á Inglaterra.

Es decir, que la diferencia está en que cuando «sobrevino» aquello de Santo Domingo de la Calzada, esto es, en Agosto de 1883, el Presidente del Consejo era el Sr. Sagasta.

Luego lady Macbeth es D. Práxedes.

Y sin saberlo él ni *El País*!

Particularmente *El País*.

La verdad es que no siempre puede conservar el escritor en la memoria las fechas de los acontecimientos ni ciertos pormenores «insignificantes».

En una novela de esas del antiguo régimen, ó sea de las que salen á luz por fracciones—origen, tal vez, del teatro por trozos,—dice el autor, llamémosle así:

«Al ver á aquel hombre solitario, sentado en un sillón de la época, con la cabeza apoyada en la mano derecha y el codo en la mesa, cubierta con rico tapete de terciopelo rojo, meditabundo y silencioso, ¿quién hubiera podido adivinar en él al vencedor de Lepanto?»

Efectivamente; en la época de Carlos II, viendo al don Juan de Austria perturbador sempiterno cuanto insignificante político y guerrero, ¿quién había de adivinar al don Juan de Austria hermano de Felipe II, y ya *interfecto* á la sazón, ó *decedé*, que decimos ahora, dos siglos antes?

Nadie.

Ni presentir un historiador en el padre de la citada novela histórica.

Cada día se descubre algo nuevo y se aprende.

Doña Rita ha descubierto voz de tiple.

Un preso intenta descubrir á los criminales del Canal.

Y un periódico dice que en el incendio acaecido en el paseo de Santa María de la Cabeza no hubo desgracias personales que lamentar.

Y añade. «Un bombero resultó con algunas contusiones, y nada más.»

Es poco, efectivamente, para el noticiero.

EDUARDO DE PALACIO.



Una pulga inoportuna

POR GODOFROY



1



2



3



4

¿Por qué he de ser menos?

Cuentan del diablo que un día tan desesperado estaba de ver que el mundo marchaba mejor de lo que él quería, que, no sabiendo qué hacer para evitar su derrota, á una vieja galeota fué á pedirle parecer.

La buena mujer aquélla, á cambio de medio duro, le sacó de tal apuro y dió fin á su querella.

Ignoro el procedimiento; sólo sé, por quien lo vió, que el diablo allí triste entró y que salió muy contento.

Desde entonces, Belcebú, á quien el bien de otro anhela, con esta frase consuela:

—¿Por qué has de ser menos tú?—

Y sin cesar prodigando el consejo traicionero, á su antojo el mundo entero ha ido otra vez trastornando.

Que aunque algunos tal manera de proceder mucho impugnan, en realidad todos pugnan por salirse de su esfera.

Quien, por chiripa, ha llegado á vivir del presupuesto, no se contenta con esto, y aspira á ser diputado.

El que en la milicia asciende siquiera á cabo segundo, encuentra pequeño el mundo y ser general pretende.

El que por su suerte extraña, siendo de obscuro linaje, llega á tener carruaje, quiere ser grande de España.

El médico de experiencia que es bruto de nacimiento, cree que no hay padecimiento que no lo cure su ciencia.

El poeta de relumbrón que en un certamen casero obtiene el premio primero, se cree igual á Calderón.

Y siempre, en todos sentidos, se ven los hombres burlados, pues son muchos los llamados y pocos los escogidos.

Dirán ustedes:—Y bien: ya que tú conoces eso, ¿por qué te exprimes el seso para hacer versos también?

Mas como el diablo no deja de repetirle á ninguno el consejo inoportuno

que aquella maldita vieja sin duda le recetó, en esta razón me fundo:

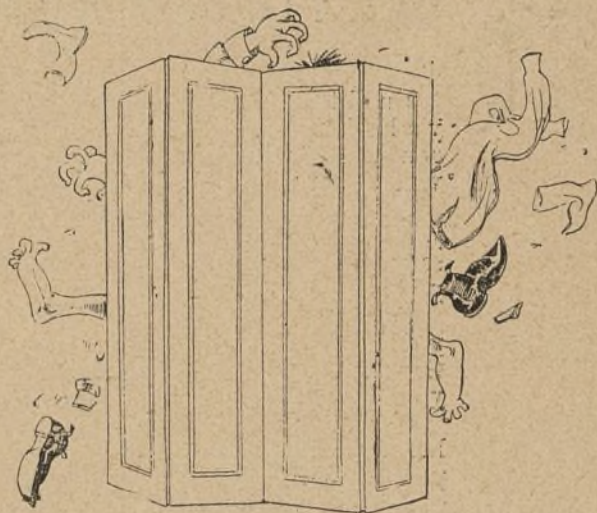
—¿No hace versos todo el mundo? ¿Por qué he de ser menos yo?



5



6

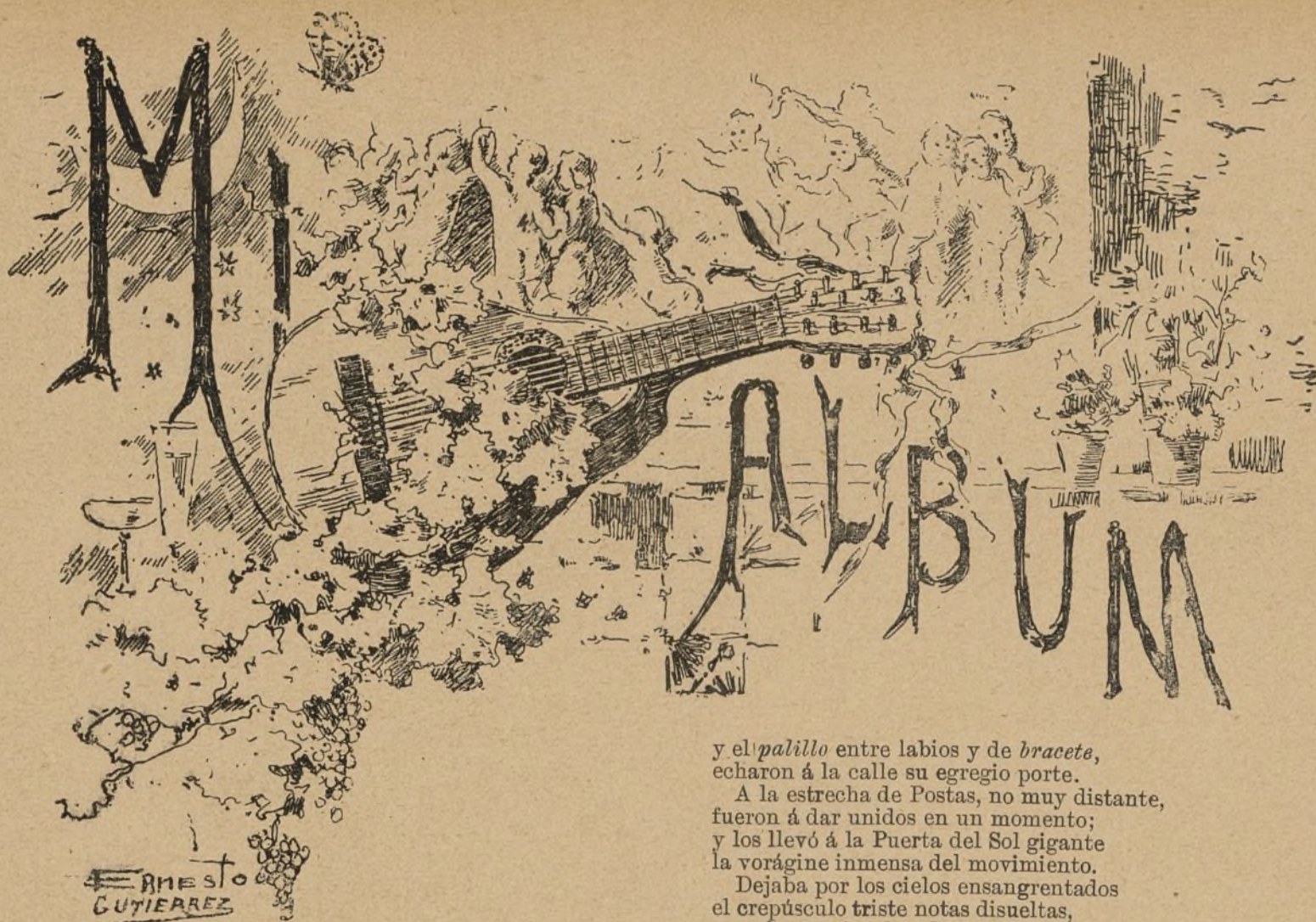


7



8

SALVADOR ROLDÁN.



DEL PUEBLO A LA CORTE

En el talle luciendo galas y prendas,
y á los lomos cerriles de una potranca,
con su tío Andurriales, que es de Alcobendas,
vino la flor más linda de Polvoranca.

Quiso ver los Madriles haciendo dengues,
y por mejor rendirles pleito homenaje,
se colgó lazos, plumas y perendengues,
y vino hecha una reina tosca y salvaje.

Es chata la vistosa polvoranqueña,
y ella está en el engaño de que es divina;
tiene la tez quebrada y aceituneña
y en dos partido el labio, porque es boquina.

Lleva una pafioleta de cien colores
hecha por ella misma con mil estambres,
y en los ganchillos luce como primores
cuentas de vidrio presas en los alambres.

Vela los recios brazos ennegrecidos,
entre bordados, charros por lo flamencos,
y los pies de la moza, que son crecidos,
van en los dos zapatos como en dos cuencos.

Ocho pares de enaguas huecas y orondas
lleva atadas al cuerpo por rico empaque,
y bajo de las sayas y de las blondas
la cúpula grandiosa del miriñaque.

Colgóselo gozosa, por más que antigua
fuese la inflada prenda, dócil al tacto,
para honrar á su abuela, seca estantigua
que en herencia dejóle tal artefacto.

—¡Vamos á la comedia, chica—le dice,—
ansina que cenamos y que escansemos?
—Sí, que quió ver la fiesta que llaman Price
pa que luego contemos lo que miremos.

Y los dos, las miradas poco tranquilas,
en el mesón del Peine dan admirados,
con iguales fijeas en las pupilas
que tienen los mochuelos embalsamados.

—Verás—dice á la moza,—por más que es cara,
qué comía nos ponen, ¡cosa prefeta!
Ca uno en plato aparte con su cuchara,
y á modo de babero la servilleta.

Un arroz y unas uvas fueron banquete
de los recién llegados al centro y corte;

y el palillo entre labios y de braceta,
echaron á la calle su egregio porte.

A la estrecha de Postas, no muy distante,
fueron á dar unidos en un momento;
y los llevó á la Puerta del Sol gigante
la vorágine inmensa del movimiento.

Dejaba por los cielos ensangrentados
el crepúsculo triste notas disueltas,
y azules terciopelos, de oro manchados,
inflamaba en la lumbre de franja sueltas.

Telefónicos hilos red esplendente
alargaban, cruzando sobre el abismo,
y eran en la estruendosa ciudad hirviente
el sistema nervioso del organismo.

Tornaban de los anchos, grandes paseos,
por los normandos troncos arrebatados,
los rápidos vehículos con sus arcos,
rechinantes hebillas y aros dorados.

Ya el cuadro, oscurecido por lumbre incierta,
llenábase de leve, flotante bruma,
y desgajaba en taza de ondas cubierta
la fuente su ramaje de luz y espuma.

Pletórico de gente, congestionado,
todo se entremezclaba sin armonía,
y en medio de su marcha paralizado,
su pitido estridente daba el tranvía.

Las luces, en sus urnas aprisionadas,
débiles se inflamaban una por una,
y los arcos voltaicos sus mil espadas
vibraban como azules lampos de luna.

Y un vals alado, alegre, vivo, brillante,
que recordaba el bello y azul Danubio,
lanzaba un organillo con son vibrante
mientras fingía el cielo rojo Vesubio.

—Vamos, sube aquí arriba—dijo indulgente
el tío, desde un *Ripert* que ya partía;
ella pisó el estribo tirando gente,
y entrar quiso, y sentarse; mas no cabía.

Llegando á la taquilla por entre coches,
el hombre, en la cintura la mano puesta,
dijo cuando hubo dado las buenas noches:
—Vengan dos papeletas, pa mí y pa ésta.

Regateó, tomolas refunfuñando;
eran dos sillas; paso luego se hicieron,
y por entre la gente, como nadando,
al lado de la pista comparecieron.

Quiso ir ella á su asiento, mas cosa vana;
cayó, de un caballero cogida al fraque,
y cual badajo dentro de la campana,
rodó su cuerpo dentro del miriñaque.

Fué grande la algazara, si el lance tonto,
y una dama elegante clamó:—¿Qué ha sido?
y un andaluz con gracia, dijo de pronto:
—¡La cúpula é Zan Pedro que za caído!

SALVADOR RUEDA.

DRAMAS DEL SÁBADO



L anochecer, las manos, endurecidas por el trabajo, sueltan el pico, el azadón, la carretilla, para tomar los cartuchos de monedas de cobre en que se ha convertido el sudor de la semana.

La semana del trabajador, del jornalero, sólo cuenta seis días.

Queda, pues, un día para el hambre. El día de descanso.

Para el pobre, la ociosidad es un asueto terrible. Huelgan los brazos, pero el estómago también huelga.

En fin, el sábado es rico el obrero. En su bolsillo hay otro peso que el de la navaja.

¡Qué gozo!

Se puede entrar en la taberna y beber unas copas, sin que las paguen los amigos.

La generosidad toma entonces forma de derroche. Aquel puñado de cuartos, aquellas nueve ó diez pesetas en calderilla abultan enormemente. No importa que cada perro chico equivalga, quizás, á una gota de sangre menos en los músculos, lacerados por el esfuerzo diario. Es aquél un tesoro que parece inagotable.

Isidro lo cree así, á lo menos.

Es mozo, alegre, rumboso, muy fiel á sus amistades.

¿No es, además, dueño de su dinero?

El vino le atrae. Le atrae la buena pitanza. Los escarpates de los bodegones le hacen guiños provocadores, como ojos de mujeres voluptuosas. Allí hay también voluptuosidad para las tripas.

Se sienta Isidro á una mesa y empieza á pedir de todo.

¿Arroz con almejas? Muy sabroso. ¿Bacalao frito? De rechupete. ¿Pimientos colorados? Nada tan rico. ¿Y el vino? Vaso tras vaso, ya un jarro, dos, tres, se han quedado exhaustos. La mesa de Isidro es un pozo que todo lo sume, todo lo degluye, todo lo devora.

Isidro se levanta, paga y se echa á la calle.

Apenas puede sostenerse. Va borracho. Entonces recuerda que se casó hace un mes. Recuerda que tiene una mujercita que le espera en un cuarto, muy pobre, pero muy limpio, con el importe de la semana.

María le registra los bolsillos. ¡Ni un céntimo!

Isidro ríe entretanto como un idiota.

María llora como una Magdalena.

La mujer del obrero ha pasado una semana de apuros. La queda una semana de miseria.

Pero ya no la dará vergüenza. Hará como otras esposas; otro sábado irá por su marido á la hora del cobro.

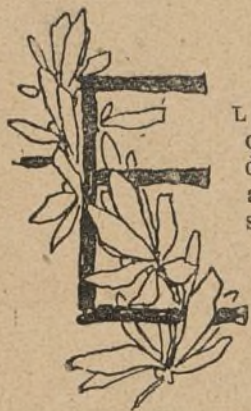
Y se lo traerá á casa, estad seguro de ello.

Se lo traerá entre abrazos y besos, y si no basta, entre arañazos y mordiscos.

JOSÉ DE SILES.



EL BOTON DE ANCLA



I.

El potente acorazado aparecía sobre la tranquila mar del dormido puerto, como férrea fortaleza que por encanto hubiese surgido de las aguas. En su cubierta, junto á la toldilla en que el viejo Comandante se hallaba, discutía acaloradamente un grupo de Guardias Marinas acerca de quiénes habían de ir al carnavalesco baile anunciado para aquella noche en el Gran Teatro de la ciudad, cuyos encendidos faroles lucían á intervalos sus rojizos fuegos en el obscuro fondo del puerto.

Conforme el diálogo se prolongaba, subía de tono, y cada cual hacía propuesta de lo que le era más conveniente.

—Deben ir los más antiguos.....

—O los más altos.....

—O los más feos.....

—Echémoslo á suerte.....

—Que decida el Comandante.....

—Pues al Comandante—gritaron todos como única solución; y dirigieronse al anciano Jefe, que había observado complacido aquel acalorado discutir, revelador de la plena vida, del entusiasmo, de la juventud.

Antes que llegasen á donde el marino se hallaba, detúvose éste, diciéndoles:

—Irán los más jóvenes; que *los viejos* siempre tendréis más paciencia para esperar al baile de mañana.

Alegráronse los elegidos; conformáronse los desechados, y al poco tiempo dos ligeras falúas partían presurosas con su alegre carga en busca del ansiado muelle.

—Compañeros, ahí viene *la capitana*; saludémosla—dijo uno, alzando al aire su plana gorra; y al momento pasó junto á ellos un rápido esquife, tripulado por marineros de guerra, en cuyo seno iba hermosa mujer.

Era la del Comandante.

II.

Recostada perezosamente en ligera butaca de lona, hundía, la esposa del Jefe, su abstraída vista en el nebuloso horizonte del mar.

El, contemplábala con tristeza, llena el alma de amorosa compasión.

—¡Pobre mujer la del marino!—pensaba.—El esposo siempre lejos; en cambio, ¡siempre cerca la intranquilidad!.... Pronto haría tres años que se casaron, y ¡qué raros fueron los días pasados juntos en el hogar!.... Cuando arribaba á aquel puerto, visitábala por las mañanas; ella acudía al buque por las tardes; retirábase de noche, y..... nada más.

Antes que el amor, estaban la disciplina y el deber.....

Ella, entre tanto, pensaba en otras cosas; y tan otras. En que no se había casado. Habíanla casado..... Buscáronle sus padres esposo, con el mejor deseo, por hacerla un bien..... Ellos eran viejos, y si ricos en apariencia, pobres en realidad. Y luego, la amaban tanto, que no querían que pasase..... trabajos.

Y no los pasaban..... el padre ni la madre; pero ella..... ¡Ah!, ella tampoco; tenía veintitrés años y un marido que ostentaba la faja de general. Pedir más.....

Filtró la luna por entre el celaje un haz de rayos; bruñó con ellos los cañones formidables del acorazado, y al propio tiempo que sonaron las once en los relojes de la ciudad, se deslizó hacia ella un rápido esquife, llevando en su seno á hermosa mujer.

Era la del Comandante.

III.

—¿Qué tal mis niños? ¿Quién hizo anoche más conquistas?

—Roger, mi Comandante—dijo el que parecía asumir la jefatura de la banda.—La mayoría hemos corrido el temporal en barcos *de pesca*; pero Roger se embarcó á la madrugada en una goleta que, á juzgar por el porte, valía más que este acorazado.

—Bien, Roger. Y ¿puede saberse á qué *matrícula* pertenecía?

—Mi Comandante, *la bandera* era de Manila, color rosa; en cuanto á la matrícula, la desconozco, no se descubrió.....

—Y ¿á qué puerto arribasteis?

—Señor, al de la Felicidad.....

—Pues en otra ocasión cuidado con las arribadas, porque en esta habéis perdido un botón.

Miraron todos á Roger, y riéronse maliciosamente. Al afortunado Guardia Marina faltábale el botón de una bocamanga.

IV.

Salía silencioso de la alcoba por no despertarla. ¡Gozaba de un sueño tan tranquilo! Mas al abrir la puerta del tocador para alejarse por él, quedó como clavado en la alfombra de la estancia.

Sobre el espaldar de una silla veíase un pañolón de Manila rosa, y brillando entre sus largos flecos un objeto metálico.

Entreabrió el maderaje del balcón, y lo vió claramente. Era un botón de ancla.....

Desenvainó su crispada mano, hasta la mitad, el corvo sable; fué á avanzar hacia la alcoba, mas vaciló un punto, y sacando á un pasillo que daba á la escalera, desapareció.

V.

—Nada de permutas; esta noche irán al baile los que ayer no fueron; los demás, á sus puestos.

Disemináronse los Guardias Marinas por el barco, y éste quedó en el silencio.

Apoyados sobre la borda de popa, conversaba con su esposa el General. Recriminábase ella coquetonamente por no haber querido despertarla cuando la fué á ver. Y con acento dulcísimo le llamaba descastado, mal marido, cruel.....

El, la replicaba, le sonreía, y con el brazo le acariciaba el talle.

Sorprendido, escuchándolos sin pensar, oculto tras la cureña de un gran cañón, estaba un joven Guardia, cuyo rostro palidecía según hablaba la esposa.

Una queja, un leve grito, turbó el nocturno silencio. Sobre la borda del buque apareció un instante, suspendida por férreos brazos, la figura de una mujer, que fué rápida á sepultarse en las aguas.

Corrió el Guardia en su auxilio; mas le detuvo la voz del Comandante.

—¡Ah! no, Roger, no es preciso; yo le echaré un *áncora de salvación*.

Y ocultando la temblorosa diestra en el bolsillo, sacó de él un pequeño objeto, que, al ser lanzado violentamente al espacio, brilló un momento al fulgor de la luna, antes de ir á perderse en el mar.

El arrojado objeto, era un botón de ancla.....

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.

CUBA

EN LA MANIGUA



UNA BALA PERDIDA.—COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE J. ROMERO DE TORRES

EN LA PLAYA



Se baña con Lola sola,
y se alejan de la playa,
Felipito Manterola;
¡ola! ¡ola! ¡ola! ¡ola!
¡vaya! ¡vaya! ¡vaya! ¡vaya!

C O P L A S

MALAGUEÑAS

I.

Déjame que sueñe amores,
déjame gozar soñando,
¡deja soñar con su patria
al infeliz desterrado!

II.

Hasta las rosas del campo
cuando pasa la saludan,
y á Dios le piden secarse
sobre el pecho de mi rubia.

III.

El ciego tiene esperanzas
de ver la luz de los cielos;
¡mi cielo eras tú, y no vives!
¡Envidia me dan los ciegos!

IV.

El matrimonio es un puente
que el hombre temblando pasa,
y si pierde la cabeza
ni la caridad lo salva.

V.

Vaya un acierto que tiene
el Ministro de la Guerra,
que fusila á los traidores
y libres tus ojos deja.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

(Del libro en prensa *Mis cantares*.)

LA MUSA POPULAR

Jugando á la pelota
estaba un tuerto,
y de un golpe le quitan
el ojo bueno.

Y él, muy conforme,
dice:—tengan ustedes
muy buenas noches.

En Ronda perdí un zapato,
en Lebrija lo encontré,
en la Puebla me lo puse
y en Sevilla me lo até.

Cuando sales á bailar
con ese garbo y salero,
una campana de plata
pareces de pie en el suelo.

Chiquitita la novia,
chiquito el novio,
chiquitita la sala
y el dormitorio.
Por eso quiero
chiquitita la cama
y el mosquitero.

Los pájaros son clarines
entre los cañaverales,
que le dan los buenos días
al sol de Dios cuando sale.



(Ilustración de R. Arias.)

Del pino sale la piña,
y de la piña el piñón,
y de la flor de la harina
sacan á nuestro Señor
para la hostia divina.

Nunca acostumbres tu cuerpo
á lo que no es menester,
pues es una enfermedad
cada vicio que le des.

Por grande que sea una viña
y mucho fruto que dé,

en teniendo muchos amos,
á poco podrán caber.

Molino que estás moliendo
el trigo con tanto afán,
tú estás haciendo la harina
y otros se comen el pan.

El que bebe, se emborracha;
el que no jura, reniega;
á aquel que se va, le olvidan,
y al que se muere, lo entierran.

Quien mal masca, mal digiere;
quien mal habla, mal persuade;
quien mal tose, mal escupe;
quien mal concibe, mal pare.

Si es que usted escribe, yo no;
lo que se escribe, *quea* siempre,
y lo que se *habla*, no.

No hay más amigo que Dios,
y esto es claro y evidente;
el más amigo es traidor,
y el más verdadero miente.

Yo no le temo á la muerte
aunque la encuentre en la calle,
que sin permiso de Dios
la muerte no mata á nadie.

Ya se me murió mi madre,
¡y una camisa que tengo
no encuentro quien me la lave!

Diga usted á mi madre
que si no echa é menos
aquel hijito de sus entrañas
cuando está comiendo.

Los hombres somos la moscas,
y las mujeres la miel,
y las suegras las avispas,
que no nos dejan comer.

Es tan estrecha la cama
donde Jesucristo duerme,
que, por no caber en ella,
un pie sobre el otro tiene.

(Populares.)

TIRAR DE LA CUERDA

(EPISODIO DE 1854)



El pueblo, siempre generoso, instigado hacía tiempo por los enemigos del partido moderado, lanzóse á la calle, y principió la jornada del 54, una de las más sangrientas de aquel período de luchas y asonadas.

González Bravo, desde el *Principal*, y el general Concha, desde la calle, trataron en vano de reprimir el movimiento; y allí donde hubo plaza que pudiera cortar el paso á las tropas de Novaliches, allí se alzó imponente la barricada de adoquines.

La plaza de Matute, sitio estratégico á la sazón, no podía menos de tener su baluarte, y le tuvo. La gran masa del pueblo, que del Lavapiés y el Rastro ascendía en borbotones hasta bifurcarse en la plaza de Antón Martín, dió contingente más que preciso á la tosca muralla de la plaza de Matute.

La barricada, defendida heroicamente, parecía inexpugnable, y, sin embargo, entre sus defensores había momentos de verdadera confusión: harto adivinaban aquellos hom-

bres que la falta de unidad en sus acciones, contrastada por la severa disciplina de las tropas del Gobierno, en más ó menos tiempo, daría al traste con el reducto.

El fuego se rompió á las doce del día, y á eso de las dos se presentó en la barricada un caballero perfectamente vestido. Pronto se supo que era nada menos que un señor abogado, y además, uno de esos oradores espontáneos y fogosos, enardecedores en el club y prudentísimos en el tiroteo.

Don Lucas, tal era su nombre, aprovechó tan propicia ocasión para arengar á los de la barricada; pero contra más patriotismo retórico respiraban sus declamaciones, más iban desconfiando de él sus desengañados oyentes.

El discurso, que no llevaba trazas de acabar, tuvo un período mágico, al final del cual, en rimbombante cláusula, exclamaba el orador: «¡Si os hace falta un jefe, yo sabré llevaros á la victoria!»

Los tres ó cuatro que capitaneaban las abigarradas fuerzas se miraron y se entendieron: aquel charlatán era uno de tantos, de los que escalan puestos á costa de la sangre del pueblo, una futura estatua política que pronto olvidaría que su primer pedestal había sido la barricada.

—¿Quieres ser nuestro jefe?—preguntó uno de los revolucionarios al caballero; y como éste contestase afirmativamente, otro de los guerrilleros indicó la conveniencia de aceptarle; por lo menos, no habría más que un solo jefe, la defensa ganaría en unidad y cohesión.

Los otros aceptaron, pero con una condición ineludible: el «señorito» estaría sujeto á una larga cuerda por el cuello, mientras ejerciese el mando en la barricada. ¡Pues no faltaba más, si no que se escapase á lo mejor y les entregara al Gobierno! Allí todos eran unos. La cuerda sería larga, le dejaría en completa libertad de acción; pero en cuanto se hiciese sospechoso en cualquier movimiento, la cuerda se pondría en tensión, tirante, muy tirante, y.... volverían á encargarse del mando los jefes anteriores, que entretanto se irían relevando de su guardia al otro extremo de la cuerda.

Por supuesto que si, á pesar de toda precaución, entraba el enemigo en la barricada, los mismos defensores cortarían la cuerda, y su jefe, huyendo el último, se retiraría con ellos.

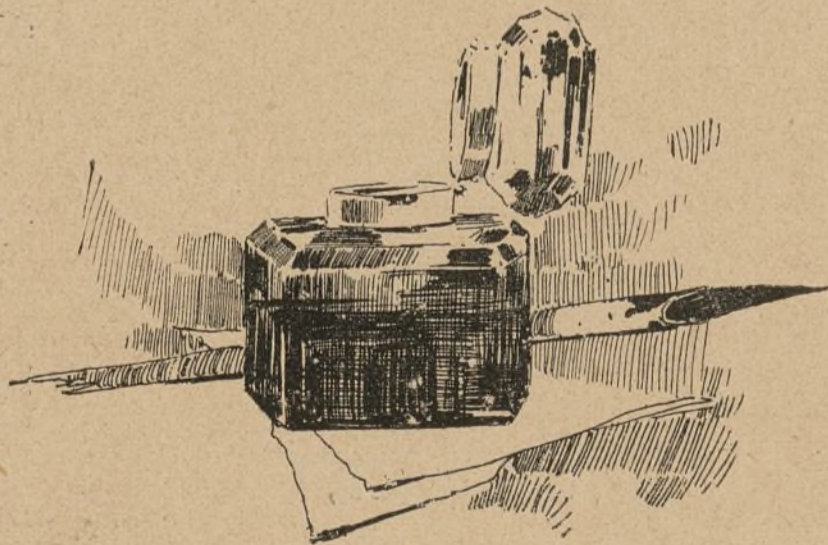
¿Á que no aceptaba el futuro jefe?

Pues aceptó. Y principió á ordenar á diestro y siniestro, y todos á obedecer.

Cuentan algunos vecinos de la plaza de Matute que la victoria resolvióse esta vez por los del baluarte, y que cuando cesó el fuego, á la una de la noche, aquella cuerda, que hubo momentos en que pareció, por su tirantez, que iba á derribar desde lo alto de la barricada al jefe, se desató en medio de ¡vivas! á D. Lucas.

Así fué el episodio. Yo, desde que me lo contaron—tal como lo cuento,—no he dejado de pensar que muchas de las acciones que se pierden lo son únicamente por no haber quien *tire*, á tiempo, *de la cuerda*.

P. GÓMEZ CANDELA.



¿A QUÉ AGUAS VAIS?

(DIBUJOS DE OLLA.)



A San Sebastián.



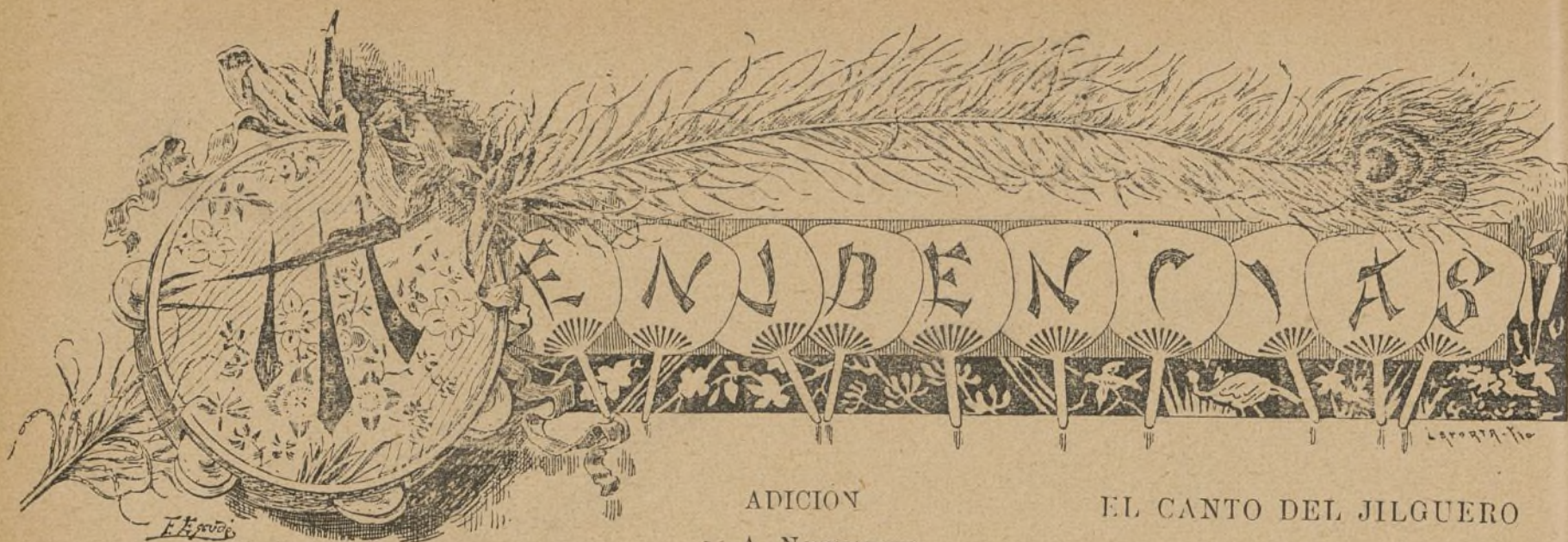
A Archena.



A las cloro-yodo-sodo-godo-fórmicas de Camelogordito.



Al modesto y honrado barreño casero.



ADICIÓN

IC A. NOVEJARQUE

EL CANTO DEL JILGUERO

La famosa Fotografía de la Viuda de Amayra y Fernández, Príncipe, 12, ha hecho últimamente nuevas fotografías de personajes, de monumentos, de sucesos y de escenas de actualidad. En retratos de hombres célebres, sobre todo, la fotografía de Amayra y Fernández posee una verdadera riqueza, pues no hay fisonomía de político, pintor, poeta, escultor, etc., etc., que no figure en su espléndida colección, que puede considerarse la primera de España.

También otra fotografía, la de A. Nieto, Puerta del Sol, 15, progresa cada día, y aumenta considerablemente su colección de clichés, donde guarda escenas de los principales sucesos que ocurren. Últimamente ha expuesto el retrato del Capitán de marina D. Juan González López, libertador de los cautivos de Icod y muerto por los insurrectos de Cuba.

No es que no sean dignos de publicarse los artículos y poesías que muchos autores nos remiten; es que el gran exceso de originales que tenemos nos priva del gusto de darlos a luz: por añadidura, ni tenemos tiempo, dadas nuestras muchas tareas, de contestar las cartas. Sirva esta declaración para que no se tome á descortesía.



Negro y blanco.—Colección de poesías, entre las cuales las hay que tienen frescura y gracia, del joven vallisoletano D. Julio Gómez Muñoz. Al frente de las composiciones va un precioso prólogo del aplaudido poeta D. Luis Zapatero.

Una copla que redime.—Monólogo dramático en verso, estrenado con gran éxito en el *Gran Teatro* de Córdoba; en esta obra teatral, D. Ricardo de Montis, su autor, ha verido á manos llenas todo el ingenio que posee.

La Naturaleza (Constelaciones).—Así se titula un magnífico poema, debido á la brillante inspiración de D. J. Rivas Groot, poeta de Colombia, que es de los mejores que, en la actualidad, tiene América.

Tomar un punto cardinal, posponerle una letra, y resultará pronombre; anteponerle á éste otra, y nos dará prenda militar; posponerle otra, y tendremos una flor; y por último anteponerle otra, y resultará un río de Huesca.

SOLUCIONES

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 111.

A LA CADENA ACRÓSTICA DIAGONAL:

V E N
E C O
N O R M A
M A S
A S T A S
A M A
S A L T A
T E R
A R I A S
A L I
S I L V A
V I L
A L O R A
R A M
A M A

AL YUNQUE DEL HERRERO:

V U L C A N O
C L A V O
C
A L A V A
C A N A L
N A L Ó N
C A L V O
C O L Ó N
V O C A L

A LA CHARADA EN DIÁLOGOS: Vi-lla no.

ENCARGOS

Desde la puerta del cielo
ayer San Pedro decía:
—Martínez, mándeme usted
dos docenas de camisas.

San Sebastián, 2, Madrid

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25
INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA

Vacunación diaria de 2 á 5.
Se vende y remite vacuna á provincias.

Allá en la floresta espesa
un jilguerillo cantaba
que un buen reloj deseaba
de los que vende **La Inglesa.**

17, PRECIADOS, 17.

Banco Hispano-Colonial

ANUNCIO

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA

Emisión de 1886

Con arreglo á lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886, tendrá lugar el trigésimoséptimo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, el día 31 del actual, á las once de la mañana, en la sala de sesiones de este Banco, Rambla de Estudios, núm. 1, principal.

Los 1.240.000 billetes hipotecarios en circulación se dividirán, para el acto del sorteo, en 12.400 lotes, de á cien billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, extrayéndose del globo diez y siete bolas, en representación de las diez y siete centenas que se amortizan conforme á la tabla de amortización y á lo que dispone la Real orden de 6 del actual, expedida por el Ministerio de Ultramar.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 11.979 bolas sorteables, deducidas ya las 421 amortizadas en los sorteos anteriores.

El acto del sorteo será público, y lo presidirá el Presidente del Banco, ó quien haga sus veces, asistiendo además la Comisión ejecutiva, Director gerente, Contador y Secretario general. Del acto dará fe un Notario, según lo previene el referido Real decreto.

El Banco publicará en los diarios oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público para su comprobación las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que ha de sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Octubre próximo.

Barcelona, 9 de Agosto de 1895.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano*.

La solución del pasatiempo de este número
se publicará en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
LITERARIOS NI ARTÍSTICOS

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».

DERECHOS RESERVADOS.

Ayuntamiento de Madrid